

que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á sus pies, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo *maldito sea el gato*, que dándome en la cabeza quedé aturrido un momento, y faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro visitó y reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas consecuencias, y se cerró ántes de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, la hiciese con algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para continuar el giro de toda España luego que me ví perfectamente curado.

## CAPITULO VIII.

*Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba remojando cortezas de pan en una fuente, y la conversacion que con él tuvieron.*

Contóme el señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron despues, pero todas de tan poca substancia, que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo me ví obligado á oírse las contar, y en verdad no fué bre-

ve

ve la relacion. Ella duró hasta que llegamos á Puente Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa y nos asasen una liebre, despues de haber reconocido que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo ántes provisto la bota de un vino mediano, y las alforjas de algunos mendrugos, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á docientos pasos del camino muchos, grandes y copetudos árboles, que hacian una sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba remojando en una fuente algunas cortezas de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte de buena traza, y bien hecho. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con la misma cortesania. Presentónos luego sus cortezas remojadas, y con cierto ayre risueño y desenvuelto nos preguntó si éramos servidos. Aceptamos el convite en el mismo tono, mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y

TOM. I.

DD

NO-

nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. O señores, exclamó trasportado de alegría, verdaderamente que Vmds. vienen bien provistos de municiones de boca. Se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo futuro. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, no obstante el miserable estado en que Vmds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago una figura muy brillante. Sepan Vmds. que no pocas me tratan de Príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dixo Diego, será Vmd. comediante. Adivinólo Vmd., respondió el desconocido. Por lo ménos há quince años que no tengo otro oficio. Era todavia niño quando ya representaba ciertos papeles pequeños, esto es, que tuviesen poco que decorar. Hablémos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza, yo dudo mucho en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pié, ni hacer almuerzos de San Anton; y me temo, que si Vmd. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense Vmd. de mí lo que quisiere, respondió el Histrion, lo cierto es que entro en los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á Vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo háyamos tenido la honra de des-

ayu-

ayunarnos en compañía de tan gran pesonáge. Comenzámos entónces á roer nuestros rehojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan freqüentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dexámos enteramente vacía, sin que en todo este tiempo desplecase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el barberillo el silencio diciendo al comediante: estoy admirado de ver á Vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un heroe de teatro, y perdone Vmd. si le hablo con tanta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oido Vmd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber Vmd. que, por la misericordia de Dios, no tengo un genio delicado. Me da Vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no miren Vmds. esta chupa. Diciendo esto nos mostró el forro de la chupa, que era todo de los carteles de comedia que se fixan en las esquinas. Este es todo mi abrigo, y si todavia tienen curiosidad de ver mi guardaropa, yo se la enseñaré. Héla aquí: y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de pasamanos viejos de plata falsa, un gorro muy raído, con penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de ba-

da-

danilla encarnada. Ya ven Vmds. ahora que soy medianamente infeliz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¿Pues qué! ¿No tiene Vmd. muger, ni alguna hija bien parecida? Sí señor, respondió Zapata, pero vea Vmd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta esperando que no me dexaria morir de hambre, mas, por mi poca fortuna, dí con una muger de un juicio y de un honor incorruptible. ¿Quién diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que se hallaba entre los comediantes de la legua me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dixo el barbero. Mas ¿por qué no se casó Vmd. con alguna bella comedianta de las compañías de Madrid? Entónces sí que lograría su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de lugar no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroínas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del Corral del Príncipe, y aun en ella tal vez se ven algunos precisados á proveerse en las Provincias. Es verdad que no les suele salir mal, porque no pocas veces encuentran aldeanas que se las pueden apostar á las Princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó Vmd. en entrar en alguna de las compañías de la Corte? ¿Acaso se necesita un mérito infinito para lograrlo? ¡Bravo! respondió Mel-

Melchor. Vmd. se burla con su mérito infinito. Veinte hombres hay en cada compañía, pregunte Vmd. al Público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad merecian por lo ménos, cargar con un costal como yo con mi mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues hasta en esto valen mas los empeños que la habilidad. Ninguno lo puede saber mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas cargado de silvos que todos los diablos, sin embargo de que esperaba ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome, y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas, cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama miéntras yo estaba declamando. En una palabra, representaba en el gusto con que el vulgo celebra á los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podía sufrir en mí. Vea Vmd. quanto puede la preocupación. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y faltándome el modo de introducirme, á pesar de todos los silvos de la mosqueteria, dexé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora. Allí están mi muger y mis compañeros, que me parece no han hecho tampoco gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder ir

ir á otra Ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro Príncipe dramático se levantó, echóse acuestas su mochila, ciñóse su espada, y despidiéndose de nosotros: á Dios, nos dixo con mucha gravedad, quieran los Dioses inmortales derramar sobre Vmds. dos á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle Vmd. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos enseñó sus talones comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silvar para que no se le olvidasen tan presto los silvos de Madrid. Con efecto creyó que todavia le duraban en los oídos: volvió la cara, y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, léjos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su camino dando grandísimas carcaxadas. Correspondimosle por nuestra parte, y volviéndonos al camino seguimos nuestro viage.

## CAPITULO IX.

*Estado en que encontró Diego su familia, y como Gil Blas se separó de él despues de haberse divertido.*

Fuimos aquel día á dormir en un lugarcillo entre Mojados y Valpuesta, cuyo nombre se me ha

ha olvidado; y al día siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dixo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo ver sin llenarme de alborozo: tan natural es en todos el amar su propia patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como Vmd. que tiene tanto amor á su país, parece que habia de hablar de él con mayor estimacion. Vmd. me le pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y yo veo que es una grande, y al parecer muy poblada Villa. Así era razon que por lo ménos la tratase Vmd. Yo la pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras grandes Ciudades de España en el giro que hice de ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo nos pareció ver cerca del pueblo gran multitud de gente, y quando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres payellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas gran número de cocineros, que estaban disponiendo una gran comida para algun festin. Unos cubrian las mesas, que estaban baxo las tiendas; otros echaban vino en grandes vasijas de barro; estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos revolvian luengos asadores, todos cubiertos de diferentes viandas. Pe-

ro á mí nada me llevó tanto la atención como un espacioso teatro que observé bastante-mente elevado. Adornábale una decoracion de carton pintada de diferentes colores, y con una multitud de emblemas ó de divisas griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dixo: esto me huele terriblemente á mi tío Tomas; apuesto algo á que ha andado aquí su mano, porque tiene una máquina de libretes de gramática. Lo que me enfada es, que en las conversaciones encaxa sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos. Posee la antigüedad; lo qual se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. gr. aquella de que *en Atenas lloraban los niños quando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion nosotros no la sabríamos.

Despues que mi camarada y yo vimos todas las cosas que acabo de decir, nos vino gana de preguntar: por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al mismo tiempo que nos íbamos á informar se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tío el señor Tomas de la Fuente, y se daba un cierto ayre como de director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó un poco en conocer á su sobrino: tanta mudanza habia hecho en aquel

pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dixo: ¡O querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus Dioses Penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡O dia tres y quatro veces beato! *albo dies notanda lapillo*. Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tío Pedro, aquel ingenio espanta-Madrid, ya es víctima de Pluton: tres meses há que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo que le habian de faltar siete pies de tierra para enterarse: *argenti pallebat amore*. Tenia muchas pensiones de los Grandes, y no gastaba diez doblones al año para comer y vestirse. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel Griego Aristipo, el qual, caminando por los desiertos de Lybia, hizo á sus esclavos que dexasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos, á quienes no podia sufrir. Dexó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tío Beltran, y yo. Todos nos hallámos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolas acomodó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros Alcaldes: *connubio*

*junxit stabili, propriamque dicavit.* Este himenéo, concluido baxo los mas felices auspicios, es el que ahora celebrámos con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro costeamos cada uno la suya; y cada uno costéa tambien la fiesta del día. Hubiera celebrado mucho que tú hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, día en que se celebró el matrimonio, corrió tu padre con el gasto. Dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tío el mercader tomó de su cuenta el día de ayer, y nos regaló con una bellissima fiesta pastoral. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y mas agraciados del Lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas bellas y mas aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella brillante juventud hizo mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja todavia no hémos tomado el gusto á las pastorelas.

Hoy lo he tomado yo de mi cuenta, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*

*opus.* Mandé alzar un teatro, en el qual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, Rey de Marruecos.* Se executará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de familia, naturales de Peñafiel y de Segovia, y los tengo en mi casa á pupilo. ¡Excelentes representantes! Verdad es que los he enseñado yo. Su declamacion está acuñada en cuño maestro, *ut ita dicam.* En quanto á la tragedia no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oír, por no privarte del placer de la sorpresa. Solo diré sencillamente que hará arquear las cejas á todos los espectadores. Es uno de aquellos sucesos trágicos que ponen toda el alma en conmocion, por las terribles imágenes de la muerte que presentan á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario excitar el terror. ¡Ah! Si yo me hubiera dedicado al teatro nunca saldrían á él sino heroes sanguinarios y Príncipes asasinios. Me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personajes, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo *hasta las mismas guardias*? Haria tambien degollar al mismo apuntador. En fin solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esta especie

se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el luxo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras quando vimos salir de la Villa y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y de sus parientes, y precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tenían todos á un tiempo, haciendo un concierto de ruidoso estruendo nada apacible. Salióles Diego al encuentro, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia, y todos los que se hallaban presentes; y quando se aquietó un poco aquel primer turbion, le dixo su padre: seas bien venido, amigo Diego; en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes. ¿No es así? Por ahora no te digo mas, á su tiempo lo sabrás muy por menor. Mientras tanto todo el mundo se fué avanzando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuése sentando á las mesas, que ya estaban puestas y aderezadas. Yo no dexé á mi compañero; sentéme

jua-

junto á él, y entrámbos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno al otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el Preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa y se mudasen los manteles, para quedar superior á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas tan á la moda ni con tanta magnificencia.

Después del festin todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomas, no dudando (decían) que sería dignísima de oirse una produccion de ingenio tan superior. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los tocadores de instrumentos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dexáronse ver los actores de la primera scena, y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas, en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el Rey de Marruecos, por via de diversion, mató cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar á treinta Oficiales Portugueses, que uno de sus Capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero aquel Monarca, zeloso de sus mugeres, puso él

mis-

mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las reduxo todas á ceniza. Los esclavos Moros y los Oficiales Portugueses estaban representados por unas figuras de paja hechas con algun primor; y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los vivas y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creía yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulci-Bugentuf*; pero engañéme como hombre. Anunciáronnos un nuevo espectáculo. los timbales y las trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomas de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, los habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á las mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segobia. De repente, pues, se dexaron ver en el teatro dos ban-

bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños, enquadernados en papel pintado con bastante aseó. Entónces todos los actores y compositores se presentaron en la scena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomas, el qual se dexaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera el Prefecto de un Colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósele al Rey de Marruecos, acompañándola con una profunda reverencia, y aquel Monarca la comenzó á leer en alta voz, llamando uno por uno á los que estaban nombrados para recibir el premio. Cada qual iba con el mayor respeto á recibir su libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver, quando pasaban delante del Monarca Marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentando en unos taburetes colocados junto al borde del teatro, para que fuésen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el Preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir; porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se practica, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, entraron en cólera, y acusaron al maes-



maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el festin de los Lapithas.

## FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

AVEN-

225

AVENTURAS  
DE GIL BLAS DE SANTILLANA

## LIBRO TERCERO.

## CAPITULO PRIMERO.

*Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.*

Detúveme algunos dias en casa del barbero; y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con quatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas vacías. Hízome montar en una, y contraximos tanta amistad en el camino, que quando llegamos á Segovia quiso absolutamente que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y quando me vió resuelto á partir para Madrid me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo así, poniéndola yo mismo en las manos del señor Mateo Melendez. Era este un mercader de paños, que vivia en la puerta del Sol. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, quando me dixo con un modo muy cordial y gracioso: señor Gil Blas, mi corresponsal Pe-

TOM. I.

FF

dro